



La oración de la tarde

La hora del ocaso

Los últimos rayos del sol de Abril filtrábase a través de las vidrieras de colores de las altas ventanales del templo, llenando el sagrado recinto de una suave y risante claridad.

El altar de la Inmaculada estaba cubierto de olorosas Flores, y la nave central llena de fieles, que habían acudido al ejercicio preparatorio que precede al Mas de María.

Sonó el órgano suavemente, pre-juiciando la plegaria primera; y una voz argentina, dulce, vibrante de amor y sentimiento, cantó con sublime inspiración:

*Cual blanca nube de incienso
sube a Ti, Madre Divina,
nuestra oración vespertina
implorando tu favor.*

Era la música de este canto dulce y melódica, como la del ruiseñor que triza en el fondo de la escaramada; y al extinguirse la última nota allá en las alturas del templo, vibró el órgano con severa majestad y respondió un coro de potentes voces:

*Acógela, Virgen Pura,
y mándanos desde el cielo
tú, que eres vida y consuelo,
las dulzuras de tu amor.*

Como gemido de un alma que suspira enamorada; o cual nota de una lira que suena en manos de un alado serafín, volvió a vibrar otra vez en el sagrado recinto la dulce voz primera, diciendo con inimitable acento.

*Virgen sin mancha,
Reina del cielo,
Para Azucena
Madre de Dios:
A Ti clamamos
del bajo suelo,
en vida y muerte
ruega por nos.*

Al mágico ensayo de este canto, todos los fieles elevaron sus ojos al trono donde estaba la Virgen, radiante de hermosura.

Su bello rostro reflejaba toda la ternura y todo el cariño de una madre que por sus hijos se desvala; y entorces el core, como si quisiese expresar el deseo vehemente y común aspiración de todas las almas allí reunidas, dió fin a la inspirada plegaria, cantando con fervoroso entusiasmo:

*A Ti venimos
los pecadores,
sé nuestro amparo
guía y sostén.
Nunca nos dejes
Madre de amores,
en nuestro auxilio
Tu siempre ven.*

Puesto a mi lado de redillas había estado escuchando la plegaria con religioso silencio un venerable anciano de lengua barba y plateados cabellos.

Tal vez su alma, combatida largo tiempo en el mundo por el infortunio, había venido a refugiarse en el templo, buscando la protección y amparo de la Reina del cielo, pues con los ojos humedecidos por las lágrimas y con acento conmovido, aún le el repetir después que el canto acabó:

*Nunca nos dejes
Madre de amores;
en nuestro auxilio
Tu siempre ven.*

J. Montañés.

*¡Sed devotos de María! La devoción
a la Virgen es prenda de salvación.
Los cristianos tenemos en ella una
constante intercesora.*

Flores de Mayo

La intercesión de María es poderosísima

Una de las cosas más consoladoras para el cristiano es la valiosísima intercesión de María.

Los ejemplos que la demuestran son numerosísimos.

Uno de ellos es el siguiente:

La Reina Blanca de Castilla, madre del rey de Francia Luis IX, era conocida en todo el reino por su ánimo misericordioso y dado a la compasión. Un día, en el momento que paseaba con las damas y caballeros de su séquito junto a una de las prisiones de París, un preso desde una de las ventanillas imploró piedad a la señora. «Yo por mí, no puedo darte la libertad que tanto anhelas, pero intercederé para que te sea concedida», le contestó la reina; y no andó remisa en cumplir lo prometido, puesto que sin perder un sólo instante llegóse donde estaba su hijo diciéndole: «Por el amor que me tienes y el que yo te tengo concede la libertad a ese pobre infeliz que se pudre en su mazmorra». Así lo hizo el rey, y disponiendo que el preso fuese traído a su presencia, antes de soltarle, le habló de esta manera: «Eres libre; pero no olvides que todo lo debes a mi madre; sin ella nada habrías conseguido».

Así el Rey de los cielos no sabe denegar una petición de su Madre, como con harta claridad nos lo enseña lo acaecido en las Bodas de Caná, donde el Salvador, a instancias de su Madre obró su primer milagro.

Tan poderosa es la influencia de María que ha dado origen a leyendas de profundo sentido místico, poniendo en sus manos la entrada en el cielo.

Cuentan que Jesucristo salió un día a las puertas de la gloria, llamó a S. Pedro y le dijo:

—¿Cómo es que tantas almas están entrando en el cielo, a pesar de que el camino es áspero y la puerta estrecha?

—Señor, le contestó humildemente S. Pedro, es verdad que soy el portero, mas no soy yo quien abre siempre las puertas.

—¿Cómo abandonas tu oficio?

—Es tu Madre, Señor, quien abre las puertas.

—No te encargué de hacer justicia?

—Es cierto, Señor, que me diste las llaves de la justicia, pero diste a tu Madre las llaves de la Misericordia.

Esta fantástica historietita encierra un sentido profundo y es que María salva con su intercesión muchísimas almas. Es la Madre de la Misericordia y el Auxilio de los pecadores.

Apropósito de una crisis

Se resolvió la crisis francesa.

Painlevé fué el encargado de formar gobierno.

En la declaración ministerial tuvo buen cuidado de manifestar que no será suprimida la Embajada del Vaticano por no acentuar la división entre los franceses, conservando lo poco que queda de la unión sagrada.

Herriot debió votar en seco al esbozar esta declaración.

Calló porque al buen callar llaman Sanehe y así no se perdía la Presidencia de la Cámara, para la cual había de ser votado. Aunque a pesar de un estudiado silencio, la presidencia estuvo luego en mucho peligro: No en balde se hace el ganso.

Quienes deben estar gozando sobre sus laureles deben ser los valientes católicos franceses. Han ganado esta batalla. La más difícil de ganar es la primera batalla de la ofensiva.

Hasta ahora, hacía muchos años que se estaban batiendo en retirada y pactando con el enemigo paces bochornosas. En esta contienda han embestido contra las trincheras de

la masonería y del judaísmo y les han arrojado de ellas.

¡Bravo!

¡Y qué buena lección para los católicos de todo el mundo!

A todos nos estaba desanimando no sé que timidez liberalasca; muchos hasta habían convertido esa timidez en parte integrante y fundamental de su programa.

—¡No hay que ser agresivos!

—¡No hay que exasperar al enemigo!

—¡Sed transigentes, muy transigentes...!

Y el no ser agresivos consiste en callarse cuando se combate a la Iglesia en su doctrina e en sus ministros; y el no exasperar al enemigo consiste en aquietarse con todas sus relaciones y en dejar que dominen en la cosa pública; y el ser tan transigente consiste en llevar enfundada la bandera de las propias convicciones para que no se le crispén los nervios a la cerrillería antirreligiosa...

Los católicos franceses han hecho pedazos ese programa conservador y en su lugar han puesto aquellas palabras del Evangelio: «El que no está conmigo está contra Mí»; y aquellas otras: «El que se avergonzara de Mí, me avergonzaré yo de él ante mi Padre Celestial».

Ganada la primera batalla de la reconquista religiosa los católicos franceses continuarán en la brecha.

Son muchos los derechos que tienen que reivindicar.

La merisma del laicismo les ha privado de todos los derechos que como católicos les corresponden.

En la misma declaración ministerial se hace profesión de fe laica: conserva:án el laicismo en la escuela, en la calle, en la familia.... Es más, anuncian que irán introduciendo gota a gota el virus laico en la legislación de Alsacia y Lorena.

Se les niega, pues, a los católicos franceses el derecho a que se edague en católico, a dejarles vivir y manifestarse colectivamente en católico; a conservar la intangibilidad de la familia católica, con su sujeción a las leyes de la Iglesia.

Todo ese terreno perdido hay que reconquistarlo.

Francia volverá a ser la Hija predilecta de la Iglesia.

Porque los católicos franceses de hoy están demostrando que son del mismo temperamento de aquellos esforzados campesinos que tanta gloria dieron a la Iglesia de Cristo.

A. HERNAN.

CASOS Y COSAS

En Bulgaria mientras se celebraban funerales por un ministro asesinado, una mano criminal, hizo estallar una bomba que mató a un número de personas entre ellas parte del Gobierno, e hirió a otras muchas.

El atentado lo han perpetrado los comunistas, de los cuales está infestada Bulgaria.

La campaña preselitista y la terrorista la dirigen los bolcheviques rusos, los cuales han dedicado a este efecto crecidas sumas de dinero.

La represión es dura y víctimas de ella son muchos comunistas que han sido lanzados a la intempestiva revolución como carne de cañón.

La historia de siempre.

Uases cuantos, preparados por extranjeros, han dirigido los atentados y los reclutamientos.

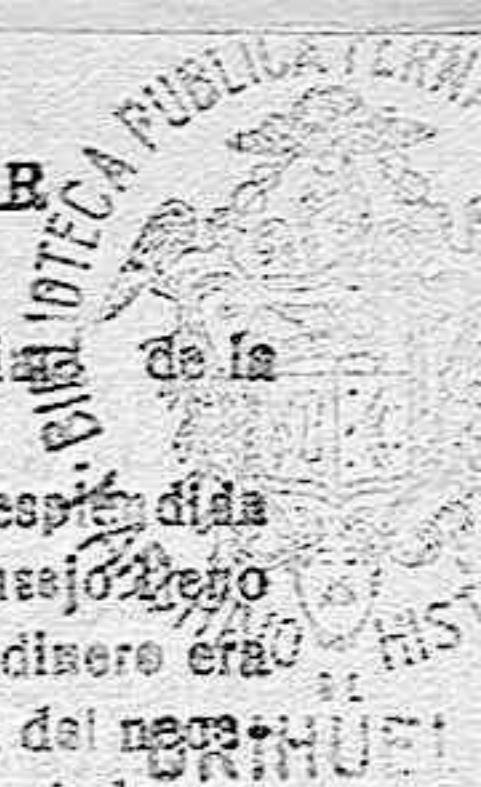
Los seducidos pagan con el deshonrar y con su cabeza los crímenes a que han sido inducidos..., mientras los inductores ponen los pies en polvorosa y van a gastar en orgías el precio de la sangre derramada.

¿No hubiera sido más acertado que antes de llegar a estos lamentables sucesos el Gobierno búlgaro prescribiera las predicaciones subversivas poniendo coto a las conquistas bolcheviques y a la difusión de las doctrinas comunistas?

¿Que eso es muy poco liberal ¡Pero está muy conforme con la razón!

El que no quiera los efectos ha de quitar las causas.

También en Francia menudean los atentados comunistas. Víctimas de uno de ellos han sido varios partidarios de Millerand, los cuales cayeron acorillados por las balas comunistas a la salida de una reunión política.



¡Ah! si las causas que empujaban a la revolución social en España antes del 13 de Septiembre no las corta el hachazo de Primo de Rivera padeceríamos a estas horas los desmanes que traen acongojados a los búlgaros y a otros pueblos.

El mérito nadie lo podrá disentir a Primo de Rivera.

Sin embargo no está cortado más que el tronco del árbol; frescas y lozanas es aún aún las raíces doctrinales, regadas por la diaria labor de los periódicos izquierdistas.

El día que la segar sea apartada del tronco, no tardará en rafeñar el árbol.

Las regresiones de la fuerza deben ir acompañadas de la difusión de las buenas doctrinas y represión de las malas. Lo contrario es atar las manos del crimina, mientras queda el veneno en el corazón y en la inteligencia.

Y en cuanto caigan de las manos las ligaduras el corazón las empujará de nuevo al crimen.

El concilio de Nicea

Está próxima la fecha del décimo sexto centenario del Concilio de Nicea.

El Papa ha hecho de él solemnisimo conmemoración.

España debe también hacerla.

El famosísimo Concilio Euménico, defensor de la Divinidad de Ntro. Señor Jesucristo contra la herejía arriana estuvo presidido por el Obispo de Córdoba, el gran Osio.

El insigne Obispo es una de las personas de más renombre en las páginas de la Historia Eclesiástica y aún en las de la Humanidad.

Osio, gloria de la Iglesia, es una de las glorias más legítimas de España, que merece ser honrado por su ciencia y por su virtud y por su actuación transcendental en uno de los momentos culminantes en la historia de la Iglesia.

A. H.

El católico debe ser valiente en la manifestación de sus convicciones.

El corazón a pedazos

Erase un príncipe... ¿Puede comenzar de otra manera un cuento infantil? Erase un príncipe, de hermosos ojos azules, rubia y ensortijada guede, castro dulcemente expresivo y spuesto y gentil continente... ¿No son así todos los príncipes de las leyendas de color de rosa?...

A su venida al mundo, pasaron por su cuna los genios misteriosos que animan la Naturaleza, y uno le dijo: toma para tus mejillas el color de las rosas tempranas; y otro murmuró a su oído: ahí deje dormidas en tu garganta las notas más tiernas de las pájaros más canoros; la mañana le dió tintas violadas para sus pupilas, y el sol, jugueteando, entrelazóse a su cabello. Al borde de aquella cuna parecía asombrir toda la primavera. El amor, con las alas blandamente extendidas, apresuróse a visitar a su regio compañero de infancia. Al alejarse, dejó caer alguna cosa junto al niño... Eran sus flechas.

No adornaba al príncipe únicamente la hermosura del cuerpo; su alma era también de una belleza ideal. La injusticia le producía accesos de cólera. La desigualdad con que la fortuna reparte sus dones, le indignaba. El hambre y la desnudez ajena le rrascaban lágrimas de sangre. Compartía todas las penas, compartía todas las amarguras... Habría deseado que el mundo se abrasase en una misma llama de amor.

Y el mundo no quería hacerle caso: Continuaba su marcha pausada y regular a través del dolor eterno. La codicia seguía convirtiendo al hombre en lobo de hombres; la lujuria mostraba, como siempre, sus labios trémulos y sus ojos encendidos; la ambición y el odio tejían la trama de nuevas y terribles tragedias... El débil caía bajo la manopla del fuerte; el inteligente, haciendo de su inteligencia un arma de combate, no perdónaba al estúpido su estupidez... Todo seguía como en los primeros días del mundo: Caín armado de la afrentosa quijada, y Eva dialogando con la serpiente.

El príncipe procuraba rectificar con el propio sacrificio la obra siniestra del mal humano. ¿No había bajado, Cristo a la tierra y subido a la cruz para derramar sobre el corazón del

hombre el bálsamo sublimo de la piedad?

A unos acudía con la espíndida dádiva, a otros con el consejo lleno de cristiana sabiduría. Su dinero era del menesteroso, su palabra del necesitado de consuelo. Vestía al desnudo; partía con el hambriento el pan de su mesa, curaba al enfermo con sus manos, y a los muertos dábales sepultura...

Era la perfecta imitación de Jesús en la tierra.

Pero los hombres no por eso se arrepentían ni mejoraban.

Lo único que sucedió fué que: viendo un príncipe en nada parecido a los demás; un príncipe magrísimo, justo, piadoso, comenzaron a decirse:

—¡Bah! ¿Si estará loco?

El generoso príncipe sufría bondadecamente. No había podido hacer elices a sus vasallos, ni con la justicia, ni con la piedad, ni con el consejo lleno de amor y de virtud. ¡Ah! ¡Si él pudiese dar a cada uno de ellos un poco de su corazón, un pedacillo insignificante de fibra siquiera! Todos, entonces, serían como él; el odio cedería a la ternura, la ambición a la sencilla modestia, la codicia al desinterés, la lujuria a la castidad... ¡Cristo reinará sobre sus enemigos!

...Arrodilóse ante el altar, y elevó sus hermosos ojos a la altura. Había en aquellos ojos extáticos, arrobados, místicos, una verdadera luz del cielo. Oró larga y fervorosamente.

—¡Señor, Señor! —exclamó con su voz amorosa —concédeme esa gracia; permíte que yo pueda dar a los demás un poco, una fibra, un pedacito de este corazón que me sobra... Yo no necesito de todo el que llevo en el pecho; repartiéndole entre los demás hombres, podría hacerlos buenos y felices, y volverlos a vuestro reino...

De pronto, el príncipe quedó asombrado. Le estaban hablando desde la cruz.

—Sea como quieras —le respondió el Señor —légale el milagro que pides; desde hoy puedes repartir tu corazón, y aun vivir sin él, pero ten en cuenta que en los pedazos de tu corazón irán tu juventud y tus alegrías, tus amores, tus virtudes y tus esperanzas. Si un día necesitas de todo eso para tí solo, quéjate a tí mismo... ¡Mirame en esta cruz! En ella me enclavaron, después de resucitar a Lá-

zare, de asistir al leproso, de dar vista al ciego y de haber bebido en el cántaro de la Samaritana.

No tardó el príncipe en hacer el reparto de su corazón. Con mano firme practicó una abertura en su pecho, y por allí iba sacando una y otra fibra.

La gente estaba atónita ante el milagro. Y no era solamente un caso milagroso, sino además, el hallazgo de una universal panacea.

El que recibía en depósito un poco del corazón del príncipe, cambiábase al punto en un hombre nuevo. El irascible, tornábase pacífico, el avaro, liberal, el lujurioso, casto; el traidor, leal...

Comenzó a reinar Cristo sobre las almas, y el amor más rico y más puro llegó a incendiarias. ¿Habíase visto nunca sañío más sobrehumano?

Pero es tanto que les antes enaltecidos vasallos mejoraban de condición y hasta de instintos, el príncipe perdía la frescura de la juventud. Se le vió primero melancólico, después triste. Su hermosa rostro aparecía envuelto por sombras y crepúsculos. Algo moría en su alma. Acabó la antigua alegría. Apenas si, al cabo de algún tiempo, quedábase para sí mismo algunas fibras de corazón

La madre del príncipe veía con espanto el terrible cambio de su hijo.

A la melancolía y la tristeza había sucedido francamente la histeria. Más tarde la amargura desoladora trece en desesperación.

Muchos debían al príncipe su felicidad; únicamente él era desgraciado, y nadie se acercaba a pagarle ni devolverle el bien recibido.

—¡Mi corazón! ¡Mi corazón!—exclamaba llevando la mano al pecho, donde ya ni un latido podía sentirse ni escucharse.

—¡Mi corazón! ¡Mi corazón!—gritaba el pobre enfermo, viendo cómo la juventud, las esperanzas, el amor mismo, habíanse ido con las fibras repartidas a diestro y siniestro entre la gente.

—¡Mi corazón! ¡Mi corazón!—y este grito se clavaba en el alma de la angustiada madre.

Como el enfermo empeoraba, y cada momento no iba pareciendo ni su sombra, la princesa se arrojó a una empresa imposible. Quiso averiguar

quién tenía en depósito pedazos del corazón de su hijo; pensó en recatarios... Un día decidióse a pedirles, valiéndose de mensajeros. Nadie llevó al palacio ni una mísera fibra.

Entonces fué de casa en casa.—Mi hijo se muere... Necesito de nuevo su corazón. Y suplicaba y lloraba en vano. El que tenía un pedazo lo ocultaba cuidadosamente; y la princesa se convenció de cuán inútiles eran sus ruegos y sus lágrimas.

Pero el príncipe, verdaderamente alma en pena, macilento, decrepito y casi encanecido por su sacrificio, seguía gritando:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Tráeme mi corazón!

...Arrodillóse la madre ante ella, y lloró larga y fervorosamente. Cristo la contemplaba desde la cruz.

—Señor, Señor—exclamó la princesa.—Yo soy ya una triste anciana; mi única felicidad sería ver a mi hijo dichoso; ha repartido su corazón entre los hombres, y los hombres no consienten en devolverlo. Señor, Señor, haz un nuevo milagro: haz que yo muera y que pueda legarle el corazón para que viva.

De los ojos del Cristo, eternamente velados por una infinita tristeza, brotó una lágrima... Se acordó de su madre.

—Sea como quieras—respondió el Señor.—Ven a mí, y con el sacrificio de tu vida sea tu hijo salvado.

Al resonar la palabra última, cayó el cuerpo de la princesa desplomado sobre las gradas del altar.

Aquella noche estuvo el príncipe más inquieto que nunca. Le ocultaron la muerte de su madre, y cuando preguntaba por ella, le respondían que estaba rezando.

A la media noche crecieron la excitación y la fatiga y se le vió y oyó en pleno delirio.

Entonces penetró en la habitación una sombra que fué a detenerse junto al enfermo.

La sombra se inclinó sobre el príncipe y le besó en las mejillas y en los ojos como si quisiera envolverlo en una eterna caricia.

—¡Madre! ¡Madre!—gritó el príncipe delirante.—¡Mi corazón! ¡Dame mi corazón!

Y con voz de arrullo, contestó la sombra:

—¡Toma el mío!

A todo trance

La suerte de hombres más dichosa, es la de aquellos que desean alcanzar el fin de su salvación y la victoria de sus aficiones desordenadas, y la perfección de las virtudes, por los medios que Dios quisiere, resignándose totalmente en su voluntad, estando dispuestos a retener o dejar todas las cosas que poseen, con igualdad de ánimo, según que fuera más conveniente para honra y gloria de Dios Nuestro Señor y salvación de sus almas; como los enfermos que desean sanar y se arrojan en las manos del médico, con determinación de tomar los remedios que él juzgarse ser más convenientes para su salud, sin inclinarse de su parte más a uno que a otro.

(P. La Puente)

Quando haya leído este periódico no lo tire délo a leer.

OBRAS

de

D. Adolfo Sivarraz

Edición completa

nuevamente ilustrada

Van publicados 9 tomos.

Saldrán unos 12.

Los pedidos, acompañados de su importe, a la Administración de «LA LECTURA POPULAR» Bellot, 3 Orihuela.

No se responde de los paquetes no certificados—A los señores librerías, condiciones especiales.

La Lectura Popular

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción... 4 pesetas mensuales.

Media id... 2 " "

Un cuarto id... 1 " "

Un octavo id... 50 " "

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Dirigir la correspondencia a D. Diego Castaño administrador de LA LECTURA POPULAR, Bellot 3, Orihuela (Alicante) puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de La Semana Católica Calle de Zorrilla, duplicado.

Imp. de La L. Popular—Orihuela.